

MONJAS TRINITARIAS DE LAREDO

125 Aniversario (1884-2009)

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

“Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia” (Ps 135). Estas palabras del salmo 135 nos introducen en esta liturgia eucarística de acción de gracias a Dios, con motivo de la jubilosa celebración del 125 ANIVERSARIO de la fundación de este Monasterio de las Monjas Trinitarias en este Convento de San Francisco de la Villa de Laredo.

Como Obispo y Pastor de la Diócesis me asocio a vuestra fiesta e invito a toda la asamblea aquí presente esta tarde a entonar un himno de acción de gracias al Señor, porque ha estado grande con nuestras queridas Monjas Trinitarias a lo largo de estos 125 años y estamos alegres. ¿Cómo le pagaremos al Señor todo el bien que nos ha hecho, dando a la Villa de Laredo y a la Diócesis esta comunidad de hermanas?. Alzando la copa de la salvación e invocando su nombre (cfr. Ps 116, 12-13).

Evocación y recuerdo

Se cumplen ahora 125 años de fidelidad siempre renovada: este largo camino lo habéis recorrido juntos las Monjas Trinitarias, la Villa de Laredo y la Diócesis. En el origen de esta andadura ha estado el Dios Uno y Trino, que es misterio de vida y amor. Él ha suscitado en su Iglesia la Orden de la Santísima Trinidad fundada por San Juan de Mata en 1198 para amar apasionadamente a la Trinidad y ser reflejo de su misericordia mediante la redención de cautivos.

El amor engendra amor y las Monjas Trinitarias, secundando los deseos del Sr. Obispo de la Diócesis, D. Vicente Calvo Valero, vinieron desde el Monasterio de Villaverde de Pontones al convento vacío de los PP. Franciscanos de Laredo para fundar una comunidad, que se dedicara a la enseñanza, porque se encontraba la niñez en una ignorancia muy grande.

Según las crónicas de la época, el sábado 5 de enero de 1884, llegaban a esta villa de Laredo diez Monjas de la Orden de la Santísima Trinidad. Hacia las cuatro de la tarde se dirigieron al convento de San Francisco. Abría la procesión la cruz parroquial, detrás el Sr. Obispo, numerosos sacerdotes, a continuación las religiosas de dos en dos, seguía una Comisión del Ayuntamiento, y cerraba la comitiva la Banda de Música.

Desde aquel día dichoso, cuántas gracias derramadas; qué labor educativa tan hermosa con la infancia y la juventud en el Colegio hasta su clausura en el año 1974; cuántas iniciativas de orden social, cultural y espiritual llevadas a cabo hasta nuestros días; qué vida tan hermosa consagrada a la asidua oración y a la generosa penitencia en el Monasterio de San Francisco, convertido en espejo de luz, como una sonrisa abierta al mar Cantábrico; oasis de paz entre los muros de piedra y la huerta; mosaico de infinitos paisajes para el alma; ascua de amor viva e incensario de plegarias.

Valor de la vida consagrada

Vuestra vida consagrada, queridas monjas, es participación de la vida de la Trinidad, que es la primera familia formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La vida consagrada es “confesión de la Trinidad”; epifanía del amor del Padre, de la gracia del Hijo y de la comunión del Espíritu Santo. La vida consagrada es un espacio humano

habitado por la Trinidad, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza de Dios.

La Iglesia estima mucho la vida consagrada de los religiosos que, bajo la guía del Espíritu Santo, reviste diversas formas a lo largo de los siglos. La consagración radical brota del Bautismo, que es una configuración real con Cristo sacerdote, profeta y rey.

Estamos celebrando precisamente la liturgia de la fiesta del Bautismo del Señor, que culmina el tiempo de Navidad y comienza su vida de misión y de actividad mesiánica. Jesús se manifiesta en el río Jordán. Es el “Siervo de Yahvé”, el Hijo amado del Padre y el que hace el bien. Isaías describe los rasgos del Siervo: es el enviado por Dios para ser portador de justicia, de luz y de libertad. San Marcos presenta la figura y la actividad de Juan. Mientras bautiza a Jesús, los cielos se abren y las aguas del Jordán son santificadas por la presencia de Jesús. Él, ungido por el Espíritu, hizo el bien y su vida fue un acto de entrega y de servicio a todos.

La vida consagrada es pertenencia a Cristo. “Perteneer totalmente a Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza: nuestra pequeñez se le ofrece como sacrificio de suave fragancia para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de quedar ebrio por la riqueza de su gracia. Perteneer al Señor: esta es la misión de los hombres y mujeres que han optado por seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y se salve” (Benedicto XVI, 22 de mayo de 2006).

“La Iglesia tiene necesidad de vuestro testimonio, tiene necesidad de una vida consagrada que afronte con valentía y creatividad los desafíos del tiempo presente. Ante el avance del hedonismo y la cultura del sexo, se os pide el testimonio valiente de la castidad como expresión de un corazón que conoce la belleza y el precio del amor de Dios. Ante la sed de dinero y del poseer, vuestra vida sobria y disponible al servicio de los más necesitados recuerda que Dios es la auténtica riqueza que no perece. Ante el individualismo y relativismo, que llevan a las personas a convertirse en la única norma de sí mismas, vuestra vida fraterna, capaz de dejarse coordinar y, por tanto, capaz de obedecer, confirma que ponéis en Dios vuestra realización. ¿Cómo no desear que la cultura de los consejos evangélicos, que es la cultura de las Bienaventuranzas, pueda crecer en la Iglesia para apoyar la vida y el testimonio del pueblo cristiano” (Benedicto XVI, a los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica de la Diócesis de Roma, 12 de diciembre de 2009).

Conclusión: En este día tan singular e histórico, invocamos del Altísimo sobre la Comunidad de Monjas Trinitarias la abundancia de su gracia, sobre sus familiares, bienhechores y amigos del Monasterio, e imploramos la ayuda maternal de la Virgen del Buen Remedio, advocación muy querida en la Orden Trinitaria.

En esta Eucaristía damos gracias a Dios por la presencia fecunda de las Monjas Trinitarias en esta preciosa Villa pejina; por el apoyo y la colaboración de todos los laredanos, de sus instituciones civiles y de todos los sacerdotes y religiosos.

Virgen del Buen Remedio, a tus cuidados maternales confiamos esta Comunidad de Monjas Trinitarias de Laredo. Intercede ante tu Divino Hijo para que suscite vocaciones de jóvenes, que ingresen en este Monasterio de San Francisco.

Dios Uno y Trino, en ti dejamos nuestro pasado con el contrapunto de sus luces y sus sombras; te presentamos nuestro presente, con sus gozos y sus penas; te confiamos el futuro, que sólo a ti te pertenece, lleno de esperanza.

Que la Eucaristía, en la que estamos participando, cuerpo entregado y sangre derramada, sea nuestra fuerza y alimento para el camino. Amén.